

Compartido. Cabemos. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo plegado.

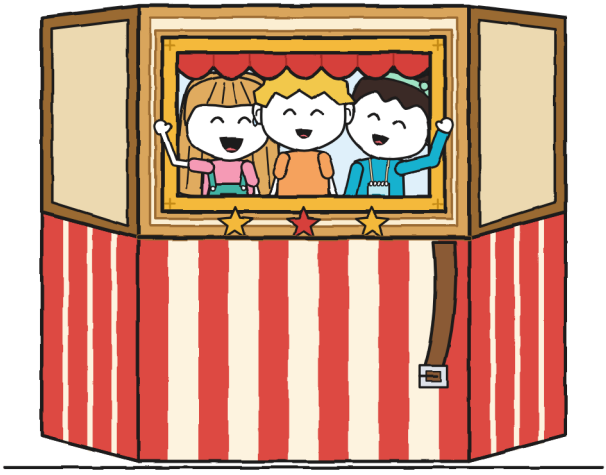


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los dragones de verdad no existen y los paquetes no vuelven volando. Para un traslado de verdad, mira la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 6

Un sitio para tres

LinguAula



(el cuaderno de Guni)

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 6

Un sitio para tres

Sexto libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde», «No abrir antes del trueno», «Devuelto, por favor», «¡Aquí no, Miga!» y «Una tarta para dos».

Texto e ilustraciones: LinguAula

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

© 2026 LinguAula · info@linguaula.com

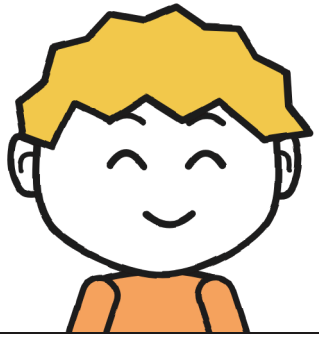
Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

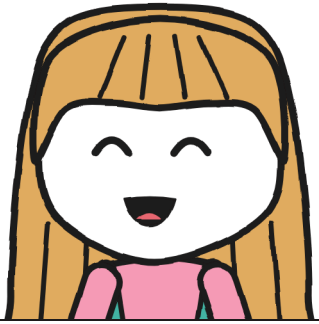
Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Este se lleva entre tres. Yo ya he elegido asa. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



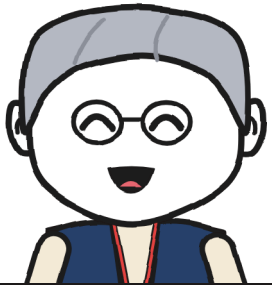
Guni. Mide en centímetros. Esta semana cuenta también otra cosa.



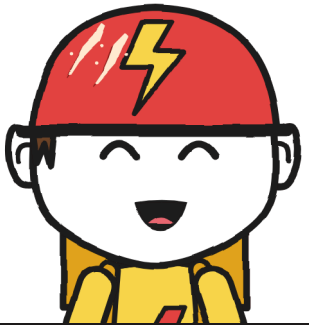
Julita. Se sabe el camino. Explicarlo es otro asunto.



Noa. Amiga de Julita desde antes. Mide en pasos: los lleva siempre puestos.



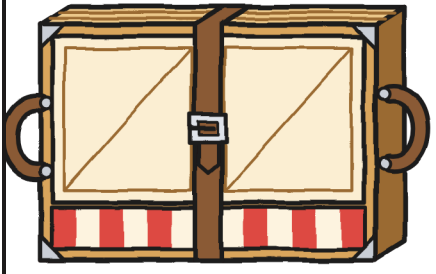
Irene. Lleva el taller de teatro. No dice por dónde: dice «alto».



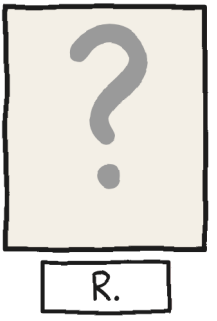
Toño. De RAYO y de la tienda. Cronometra y no opina. Casi.



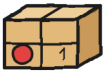
Mara. Presta el paquete. La caja no la suelta.



El n.º 6. Un teatro que cabe en una caja. Si nadie sujeta la correa, se abre donde quiere.



R. Remitente. Esta vez dejó una línea en un inventario.



CAPÍTULO 1

¿Por qué hacen falta tres?

El cuaderno 5 se acabó con dos agujas en una esfera, y lo cerré así, sin pedirle a ninguna que se quitara. Un cuaderno terminado se queda como lo dejas. Es lo bueno que tienen: ya nadie puede discutirlos.

El 6 es naranja. Naranja mandarina, de las que se pelan de una sola vez si no tienes prisa, y lleva también el sello de la tienda en una esquina. Mara lo dejó en el mostrador, al lado del rosa, y se fue a la trastienda a ordenar unas cajas que ya estaban ordenadas. Mara no da los cuadernos: los deja donde vas a mirar.

Para la primera página tengo una tradición. Al 2 le puse OFICIAL; al 3, SECRETO; al 4, DEFINITIVO; al 5, TRANQUILO. Cuatro palabras con cerradura, y las cuatro las leyó Julita antes que nadie, incluido yo. Esta vez busqué una palabra que ya contara con eso.

Arriba escribí CUADERNO DE REPARTO 6 · de Guni, que es lo que se escribe. Debajo, una sola palabra:

COMPARTIDO.

Y dejé media página libre, por si acaso. No sabía por si acaso qué. Lo supe enseguida: no duró libre ni un minuto.

Julita estaba al otro lado del mostrador. No me pidió el cuaderno; tiró de él con un dedo, destapó el rotulador verde y escribió en la media página con una letra tan grande que llegó al margen, se lo pensó y siguió por el margen. Después tapó el rotulador con cara de «yo no he sido», que es una cara que en esa tienda ya es de todos.

Yo he compartido la primera página con mi letra. —J.

Medí lo que ocupaba: la mitad de abajo, entera. Mi palabra, con todo el aire que le había dejado alrededor, ocupaba la de arriba. Dos mitades. Me pareció una división muy razonable.



Lo de siempre, para quien llegue a este cuaderno sin haber pasado por los otros. La tienda se llama Entregas Imposibles y es de Mara, que es bruja, lleva sombrero morado y tiene un sello que, al estamparse, suelta chispas con olor a vela apagada. En la estantería de la izquierda guarda los devueltos: paquetes que nadie ha conseguido entregar, mandados todos por R. Si quien recibe uno no firma la etiqueta con tinta que no se borra, al amanecer el paquete regresa volando a su balda. Eran veinte. Julita y yo hemos entregado cinco: un huevo de dragón, unas semillas con patas, una campanilla, un equipo de llegada y un soporte para la panadería de Elia. En la pared, con letra verde,

pone QUEDAN 15. Toño, el de RAYO, tiene su sitio en una caja boca abajo, junto a los taburetes. De momento.

El lunes, al día siguiente de la nota de Elia, salí del colegio y fui derecho a la tienda. Julita me esperaba en el mostrador con un sobre en la mano. No era verde ni azul, que son los colores de sobre que conozco. Era turquesa, y estaba cerrado. Lo sujetaba con dos dedos, por una esquina, como si quemara.

—Lo ha traído el cartero. Pone «A la tienda Entregas Imposibles». Llevo un rato sin abrirlo.

—¿Cuánto rato?

—Veintiocho minutos —dijo Toño desde su caja, mirando el reloj—. Récord del barrio.

Llevaba el casco puesto dentro de la tienda, con sus dos rayitas de garra, y el reloj por fuera de la manga, para no perder tiempo en remangarse.

Yo conozco a Julita. Un sobre cerrado, en sus manos, dura lo que tarda ella en encontrarle la solapa. Veintiocho minutos no eran paciencia. Eran otra cosa, y no supe cuál.

No era mío. Los sobres que no son míos pesan el triple. —J.

Mara lo abrió con una uña, sin romper más papel del necesario. La carta era de letra clara, de adulta, de esas que no se tuercen al final del renglón:

«Soy Irene, la responsable del taller de teatro del centro vecinal. Al poner al día el inventario he encontrado una línea: "Teatrillo plegable: pendiente de recibir". ¿Lo tienen ustedes? El sábado 31 es la gincana del barrio. Si el teatrillo llega plegado a nuestro patio, llevado por un equipo de tres, lo firmo allí mismo. En el equipo de Noa hay sitio para tres y, de momento, solo está ella.»

Debajo, con otra letra, pequeña y recta, en turquesa:

«Julita: ¡soy yo! Ahora hago teatro. Tráete a alguien que sepa de paquetes. —Noa».

Julita leyó la firma y se le subió la boca por un lado, solo por uno, como cuando se acuerda de algo que no piensa contar. Dijo «Noa» bajito, igual que se dice el nombre de una calle por la que has pasado mil veces.

«Alguien que sepa de paquetes». Ese era yo. Lo de «paquetes» me gustó. Lo de «alguien», menos.



A las cinco llegaron las dos.

Irene llevaba una carpeta, un chaleco azul marino lleno de bolsillos y un silbato colgado del cuello. Tenía el pelo corto y gris y unas gafas redondas, y con ellas recorrió la tienda balda a balda, como quien hace inventario sin que se lo hayan pedido. Noa llevaba una libreta colgada de una cuerda y un lápiz turquesa detrás de la oreja. El pelo, en un moño alto de rizos,

sujeto con un pañuelo verde menta; el jersey, turquesa, como el sobre. Todo en ella parecía puesto en su sitio para no tener que buscarlo.

Julita salió de detrás del mostrador sin abrir la portezuela, por debajo, y se abrazaron. Se abrazaron tanto rato que me dio tiempo a medirlo: once segundos. Yo me quedé a un lado, con el cuaderno. Un cuaderno también sirve para eso: para tener algo en las manos.

—Este es Guni —dijo Julita—. Sabe de paquetes.

—Hola, Guni que sabe de paquetes —dijo Noa. Y apuntó mi nombre en su libreta.

Lo apuntó entero, con el apellido que me acababa de poner. Desde donde estaba vi que yo era la segunda línea de la hoja. La primera ponía «Julita», y tenía una raya debajo, como las cosas que ya están hechas.



Mara se subió al taburete azul y bajó de su balda el n.º 6. Una caja igual que todas, ni más grande ni más pequeña. La etiqueta tenía cinco líneas a máquina: N.º 6. TALLER DEL PATIO. ENTRADA POR LAS DOS PUERTAS. ENTREGAR PLEGADO. Y abajo, como siempre, REMITENTE: R. Alrededor, nueve sellos de DEVUELTO.

—Nueve sellos —dijo Julita.

—«Las dos puertas» —leyó Noa—. ¿Qué dos puertas?

Irene no lo sabía. Mara, tampoco. Yo lo apunté con un signo de interrogación, que es lo que apunto cuando no sé algo y quiero que conste que me he dado cuenta.

—Lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Los lunes me abría la costura. Los miércoles, el coro. Los viernes, el ajedrez. «¿El taller? Aquí no es.» Nadie firmaba por un taller.

Lo dibujé mientras hablaba, en tres viñetas: Mara, con la caja bajo el brazo, delante de la misma puerta, y en la puerta, por turnos, una aguja con hilo, una nota de música y un caballo de ajedrez, que no decía nada porque en el ajedrez se está callado. Debajo, la caja entrando por la ventana de la tienda al amanecer. Nueve veces.

—El teatro ensaya en el patio —dijo Irene—. Y en el patio no hay timbre.

Abrió la carpeta y le enseñó a Mara una hoja con un sello del centro. Mara la leyó con la nariz muy cerca, que es como lee ella lo que piensa tomarse en serio.

—Ahora está en el registro: «Taller de teatro. Responsable: Irene». Por un taller ya firma alguien.

—Ahora que hay quien firma, ¿por qué no se lo lleva Mara en su caja, como el soporte de Elia? —preguntó Julita.

—En su caja lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Ahora las condiciones las pone quien recibe.

—Un teatrillo plegable es para llevarlo a las plazas —dijo Irene—. Tengo que ver que mis niños pueden con él por la calle. Si no pueden, no me sirve. Y no firmo lo que no me sirve.

—Eso ya lo he oído yo en una panadería —dijo Mara.

Yo tenía una pregunta desde que había leído la carta, y la hice antes de que se me gastara.

—¿Y por qué hacen falta tres?

Lo pregunté de verdad. Un fardo con dos asas; dos personas, una en cada asa. Lo había contado con los dedos y me salían dos.

Nadie se rio. Irene me miró por encima de las gafas, como se mira una pieza que encaja mejor de lo que parecía.

—Buena pregunta. El martes, en el patio, me la contestáis vosotros.

Mara abrió su libro y apuntó sus condiciones. Las de Mara caben siempre en una mano; las conté con la mía y me sobró el pulgar:

- N.º 6: prestado para ensayar.
- Sale con Irene o conmigo.
- Vuelve plegado.
- Duerme aquí.

La etiqueta se queda en la caja, y la caja, con Mara.

Si duerme en su balda, al amanecer no tiene adónde volver. Sigue en nueve sellos. Lo pregunté. —J.



El martes fuimos al patio del centro vecinal. Se entra desde la acera por una cancela de hierro con muchas capas de pintura, que se cierra sola: la sueltas y vuelve, despacio, hasta dar un clic, como un perro que se sienta sin que se lo manden.

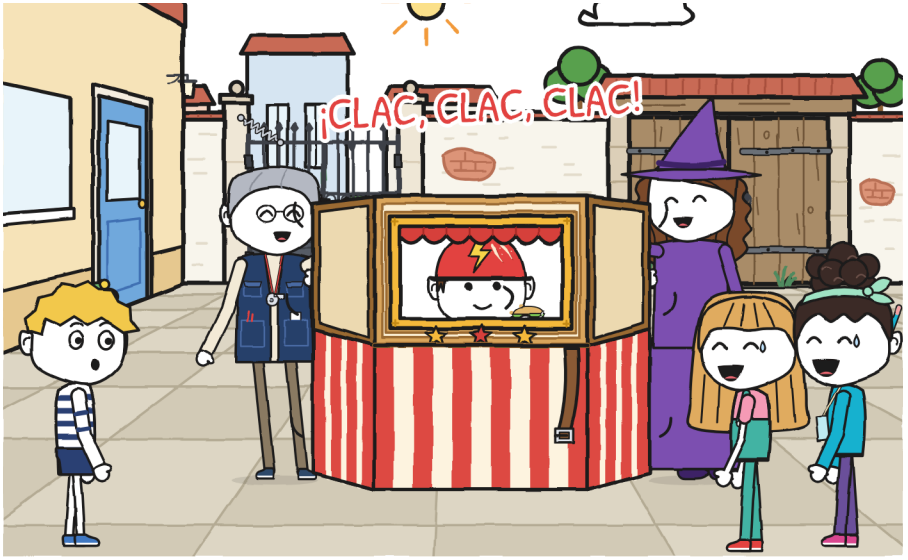
Mara puso la caja en el suelo y soltó la tapa. Al salir, el teatrillo creció, como el soporte de Elia. Yo ya no me asusto: saco la cinta.

Cerrado era un fardo plano de paneles de madera y tela, con un asa a cada lado y una correa que pasaba por una hebilla de tres agujeros. Un metro por setenta centímetros y, de canto, un palmo. La cancela, con su hoja abierta, noventa centímetros. De canto, cabía por la cancela. Eso era lo fácil.

Antes de nada, Irene quiso ver si estaba entero. Soltó la correa y giró el fardo. Los paneles se abrieron solos, por su peso, uno detrás de otro: clac, clac, clac. Un escenario con tres paredes, un telón corto y una ventana con marco en el panel del fondo.

Por la ventana se veía a Toño, que pasaba por la acera con un bocadillo. Tenía la boca llena. No pudo saludar. Se quedó parado un momento, enmarcado, con el casco puesto y un moflete más gordo que el otro, como el retrato de alguien importante pintado a la hora de comer.

—Está entero —dijo Irene—. Regla del taller: las manos, en las asas. En las bisagras, nunca. Y en los giros, alguien sujeta la correa.



Lo apunté tal cual.

Irene y Mara lo plegaron y abrocharon la correa.

—Probamos nosotras —dijo Julita. Noa ya estaba en la otra asa.

No se miraron para decidirlo. Ni siquiera se lo dijeron: cada una fue a su lado como se va a la silla de siempre.

Contaron hasta tres y lo levantaron. Podían. Dieron una vuelta al patio, despacio, con los codos un poco abiertos, y el teatrillo iba entre las dos sin balancearse, como una bandeja bien llevada. Llegaron a la cancela. La cancela estaba cerrada.

Julita la miró. Noa la miró. Tenían cuatro manos y las cuatro estaban ocupadas.

Yo estaba a dos metros, con las dos mías libres y un cuaderno.

Irene, al fondo, con la carpeta contra el pecho, no dijo nada. Ni «ayúdalas» ni «tú».

Sujeté la cancela con la espalda. Pasaron. Irene apuntó algo en la carpeta.



Esa tarde inventé el aparato de este cuaderno. Es el quinto de mi carrera, después del temblómetro, el rojómetro, el aquímetro y el ruidómetro, y el primero que no mide a una persona, sino a varias a la vez. Lo llamé EL MEDIDOR DE TRES, «quién hace qué

en cada tramo». Una fila por tramo y tres casillas, cada una con su dibujito:

- CARGAR: dos manos en dos asas.
- ORIENTAR: decir por dónde y cuándo.
- ABRIR PASO: puertas, bordillos, gente.

En la primera fila, «patio, primer intento», puse «Julita y Noa», «Julita y Noa» y una casilla vacía. En la segunda, «patio, segundo intento», lo mismo, pero en la tercera casilla puse «Guni».

Dos nombres repetidos y una casilla vacía: no se pasa. Con la casilla llena, sí. Ya tenía la respuesta para Irene, y era mía.

Y apunté otra cosa, más pequeña: «Una cancela también la sujeta una piedra».

La escribí con el lápiz casi sin apretar.



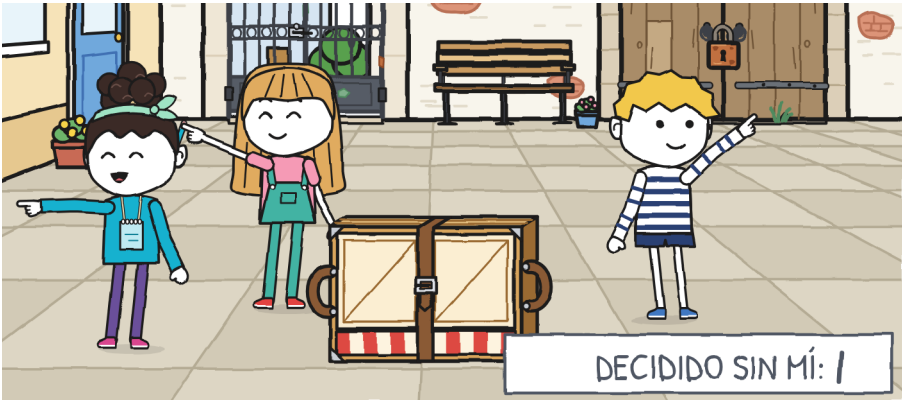
Faltaba entender la etiqueta.

—Las dos puertas son las dos hojas de la cancela —dijo Julita.

—Hay que abrir las dos —dijo Noa.

—Podríamos medir primero la tapia por fuera —dije yo.

Señalamos los tres a la vez. Julita, la cancela. Noa, la sala del taller. Yo, la calle.



—Luego —dijeron las dos.

Lo dijeron a la vez y con la misma música, como si lo hubieran ensayado. Lo habían ensayado, supongo. Durante años.

Fui yo solo. Salí por la cancela, que se cerró detrás de mí con su clic, y di la vuelta a la tapia midiendo con la cinta, tramo a tramo, apuntando cada número en el cuaderno apoyado en la rodilla. La tapia era larga y daba a un callejón con olor a agua quieta. Y allí, a la vuelta, encontré una cosa.

Volví deprisa, con la cosa en la cabeza y la cinta todavía sin enrollar, arrastrando un metro de amarillo por la acera. Cuando entré, Julita y Noa se estaban riendo de algo que pasó antes de que yo llegara al barrio. Se reían con los hombros, sin hacer ruido, y Noa le tocaba el brazo a Julita para que parara, y Julita no paraba.

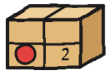
Abrí la boca.

—Ya está decidido, Guni —dijo Julita—. Son las dos hojas.

En la esquina de abajo de la página, pequeño y a lápiz, escribí: DECIDIDO SIN MÍ. Y al lado, una rayita. Lo escribí con la boca todavía abierta.

Cerré la boca. Y el cuaderno.

Esa rayita la vi dos días después. Era mía. —J.



CAPÍTULO 2

¿Quién conoce el camino?

El miércoles tocaba el primer trayecto: de la tienda al patio, por la calle, con el teatrillo a cuestas y la gente mirando. Me había pasado la clase de la tarde dibujando el medidor en el margen de una ficha, con una fila nueva y las casillas vacías, para rellenarlas entre los tres.

Cuando llegué a la tienda, el medidor ya estaba relleno. En verde.

Julita había abierto mi cuaderno por la página del aparato y había añadido la fila con su letra de anuncio: «tienda → patio». En la casilla de CARGAR ponía «Guni y Noa». En la de ORIENTAR, «Julita». En la de ABRIR PASO, «Julita» otra vez. El rotulador seguía encima, destapado, como una prueba que nadie se ha molestado en esconder.

—Tú y Noa cargáis —dijo Julita—. Yo oriento, que me sé el camino. Y como voy delante, abro paso.

—Lo hemos pensado viniendo —dijo Noa.

No lo dijo para ganar. Lo dijo como se da una dirección: porque era verdad. Venían juntas de algún sitio y por el camino habían pensado. Yo, por el mío, había pensado lo mismo pero en el margen de una ficha, y eso no cuenta como venir.

En verde no se borra. Segunda rayita.



—Antes de salir podríamos hacer un plano —dije—. Con los giros numerados.

Lo tenía medio hecho en la cabeza: la puerta de la tienda, el bordillo, la zapatería, la plazuela, los giros con su número dentro de un círculo, como las estaciones de un tren.

—No hace falta plano —dijo Julita—. Es todo recto hasta el pez cojo.

A Noa le dio la risa. A Julita, también. No una risa pequeña: de las que empiezan en una y se contagian a la otra antes de que la primera haya terminado, y vuelven, y ya no se sabe quién la lleva.

—¿Qué pez?

—El pez cojo es el pez cojo —dijo Noa, todavía doblada.

—Es una historia larga —dijo Julita.

—Y muy buena —dijo Noa.

Esperé. Tenía el lápiz en el aire, listo para apuntar la historia, por si servía para el camino. No me la contaron. Se fueron

calmando poco a poco, secándose los ojos con la manga, y cuando una miraba a la otra les volvía un poco, como el hipo.

Bajé el lápiz. Tercera rayita.



Mara sacó el teatrillo de su caja en la puerta de la tienda, en la acera, y la caja se quedó dentro con su etiqueta y sus nueve sellos. Noa abrochó la correa en el primer agujero.

—Así se suelta antes cuando lleguemos.

Era una buena razón. Lo apunté: «Agujero 1: se suelta antes». No apunté lo demás, porque lo demás aún no lo sabía.

Yo iba delante y Noa, detrás, cada uno con una mano en su asa. Delante se ve la calle. Detrás solo se ve teatrillo: un metro de madera y tela pintada a un palmo de la nariz, como andar detrás de un armario. Noa llevaba la otra mano cerca de la correa, por costumbre o por la regla de Irene, y contaba en voz baja. Contaba pasos. Desde delante la oía: «... veintiuno, veintidós...», con el mismo tono con que otros tararean.

Irene venía la última, con la carpeta y el silbato. No decía por dónde. Decía «alto» cuando había un bordillo. Lo decía una sola vez y sin subir la voz, y nos parábamos, y era como si la calle entera se hubiera parado con nosotros.

Julita abría paso muy bien. Iba unos pasos por delante, andando de espaldas y moviendo los brazos como quien aparca un camión.

—¡Paso, que va un teatro!

La zapatera salió a la puerta para verlo, con un zapato a medio atar en la mano. Un señor con un perro esperó en un portal; el perro también esperó, que es más difícil. Lejos, al otro lado del barrio, sonó una campanilla. Tilín.

—RAYO está ensayando su prueba —dijo Noa—. Van en bici, con un sobre. Nosotros vamos a pie, con esto.

—Con esto no se corre —dijo Irene.

Toño me lo había contado el lunes: en cada estación de RAYO hay que llegar los tres juntos, o no vale. Lo apunté entonces sin saber para qué.

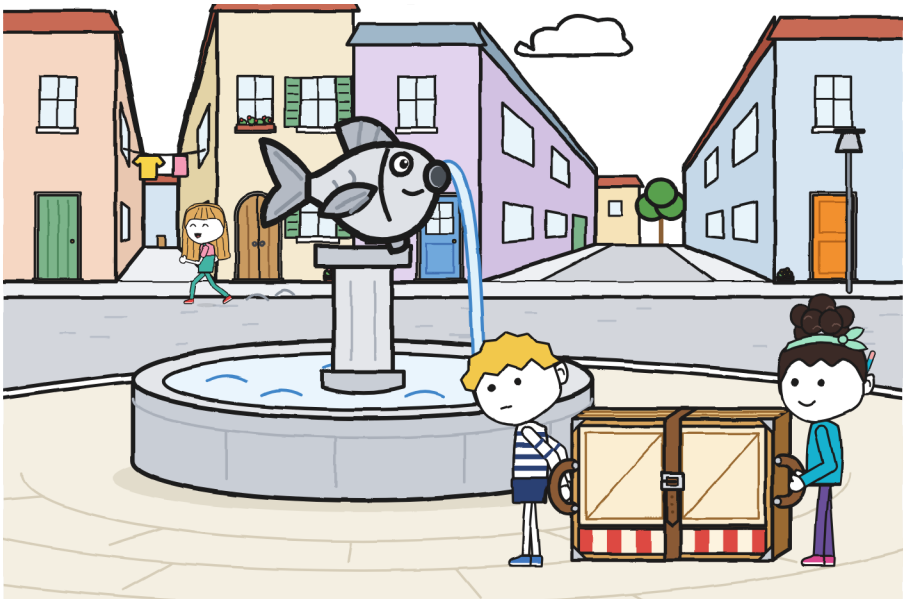


Llegamos a la plazuela de la fuente. Es redonda, con bancos alrededor y unas palomas que no se apartan por nadie. Julita se volvió, gritó la indicación y echó a correr hacia el centro, para ir sujetando la cancela.

—¡Hasta el pez cojo y torcer!

Y ya no estaba. Se le vio el peto un momento entre dos personas y luego, nada.

En medio de la fuente hay un pez de piedra, en lo alto de una columna corta, con la boca abierta como si fuera a decir algo y se lo hubiera pensado mejor. Lo miré bien. Desde mi lado tenía todas las aletas.



Pensé deprisa, que no es lo mío. Lo mío es pensar despacio y con una regla. Pero el teatrillo pesaba, Noa estaba detrás sin ver nada, y la calle seguía andando alrededor. Apoyé el cuaderno contra el asa y escribí dos renglones:

1. Pez de la fuente: aletas a la vista, todas. No es cojo. Habrá otro pez.
2. Torcer: ¿a qué lado? Izquierda, calle estrecha. Derecha, calle ancha. Un teatrillo va mejor por lo ancho.

Debajo, una flecha gorda hacia la derecha. Era un razonamiento impecable. Lo único que tenía mal era el principio.

—¿Tuerzo ya? —pregunté hacia atrás.

—¡En el pez cojo! —dijo Noa desde detrás del teatrillo.

Noa no veía nada más que madera. Desde allí, el pez cojo era una palabra, y la palabra estaba bien dicha.

Seguí buscando otro pez. Miré los portales, los rótulos, una pescadería que resultó ser una ferretería. No había. Torcí a la derecha.



Nadie dijo «giro». Nadie sujetó la correa. En el primer agujero, la hebilla aguanta poco.

Clac. Clac. Clac.

Los paneles se abrieron despacio, uno detrás de otro, alrededor de Noa, como las hojas de una alcachofa que alguien abriera desde dentro. Irene tocó el silbato. Cuando paró el ruido, en medio de la calle había un teatro. Y dentro del teatro, Noa.

—Hola —dijo por la ventana.

Tenía las manos en alto, lejos de las bisagras, como le habían dicho. La correa colgaba hasta el suelo. Yo seguía con mi asa en la mano, que ya no era el asa de nada: era el borde de un escenario.

Irene le miró las manos a Noa. Luego, las mías. Las miró de verdad, dedo por dedo, por los dos lados. Estaban todas enteras: los paneles pesan poco y se abren despacio.

—¿Quién orientaba? —preguntó.



Nadie contestó. Quien orientaba estaba sujetando una cancela, dos calles más allá.

Lo plegamos entre Irene y yo, con las manos en los largueros, sin prisa, panel a panel. Noa, ya fuera, abrochó la correa, y esta vez tiró de ella dos veces. Mientras tanto, medí: de mi pie a la fuente, cuatro metros. Lo apunté con la cinta todavía estirada en el suelo, de mi zapato al borde de piedra.

Julita volvió corriendo.

—¡Pero si era en el pez cojo!

—¿Qué pez cojo?

—¡Ese! —Señaló la fuente—. A la izquierda. Como siempre.

—«Siempre» es antes de que yo llegara.

No lo dije enfadado. Lo dije como se corrige una fecha. Julita se quedó con el brazo estirado hacia la fuente un segundo de más, y luego se volvió hacia Irene, que tenía la carpeta abierta.

—Es que Guni se ha perdido.

Yo no me había perdido. Sabía exactamente dónde estaba: a cuatro metros de la fuente. Lo acababa de medir.

Noa nos miraba a uno y a otro, con la libreta cerrada contra el jersey. Irene apuntó algo. No dijo qué.

Eso también lo decidieron sin mí. Cuarta rayita.

Lo dije en voz alta y delante de gente. Lo sé. —J.



Me enseñaron el otro lado del pez. Rodeamos la fuente los tres, con el teatrillo plegado entre Noa y yo, e Irene detrás. Le falta una aleta, la de la izquierda. Desde donde se llega por la calle de la tienda no se ve: el pez te da el lado bueno, como los que posan en las fotos. Para verla hay que saber que no está.

Lo dibujé por los dos lados, uno al lado del otro. El mismo pez, dos peces.

Repetimos el giro. Volvimos unos metros atrás, a la boca de la calle, y lo hicimos otra vez, ahora con Julita a mi lado. La primera vez dije «giro» demasiado pronto, y Noa sujetó la correa delante de un portal, para nada. La segunda, demasiado tarde: con

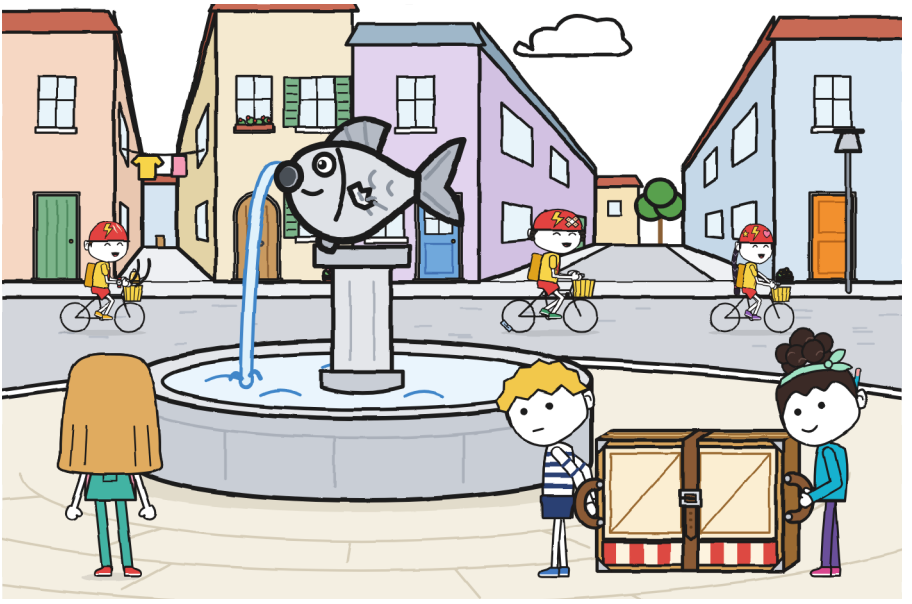
medio teatrillo ya en la curva y Noa buscando la correa a tientas. La tercera salió. Salió bien, sin clac. Pero nadie hablaba. Ni Julita, que siempre habla.

Entonces pasó RAYO por la calzada: Zoe, Bruno y Toño, en fila, con las manos en el manillar. Tilín en la esquina. Zoe delante, con la trenza al viento; Bruno en medio, con el sobre en la cesta; Toño el último, con un dedo en la campanilla. Dieron la vuelta a la fuente sin frenar y sin tocarse, a la misma distancia uno de otro todo el rato, como las agujas de un reloj que no se alcanzan nunca.

—Estación uno, a la primera —dijo Toño al pasar.

No lo dijo por nosotros. Toño anuncia los datos en voz alta, aunque no haya nadie para oírlos; eso es lo que le hace de RAYO. Pero lo oímos.

Julita tenía los brazos caídos. Los de Julita no están caídos nunca: van, vienen, señalan, abren paso. Esa tarde, mientras se iba la campanilla, colgaban a los lados como dos asas sin teatrillo.



Llegamos al patio de noche casi. En el último tramo no hizo falta orientar: la cancela estaba a la vista. Julita la sujetó con la mano y no dijo «¡paso!». Mara nos esperaba dentro. Guardó el teatrillo en su caja y se lo llevó a la tienda, a dormir en su balda.

Apunté lo de hoy en el medidor, debajo de la fila verde, y le añadí una columna nueva, estrecha, a lápiz: «se abrió · repetido 3 veces». Las tres casillas tenían nombre y, aun así, se nos había abierto un teatro en la calle. Al medidor le faltaba algo. No supe qué. Dibujé al lado un signo de interrogación grande, del tamaño de los que pongo cuando la pregunta no es del barrio sino del aparato.

Mi nombre sale dos veces en esa fila. Y yo no estaba en ninguna de las dos. —J.



En casa, después de cenar, me senté a la mesa con el flexo encendido y abrí el cuaderno por la última página.

Allí dibujé lo que había encontrado el martes detrás de la tapia. Con cuidado, con la regla, con los metros que había apuntado apoyando el cuaderno en la rodilla. Salía muy bien. Salía tan bien que lo miré un rato con el lápiz quieto.

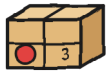
Mi madre asomó la cabeza por la puerta para darme las buenas noches. Para entonces yo ya tenía la mano encima del dibujo. Me las dio, me miró la mano, no preguntó y cerró la puerta.

Lo tapé con la mano aunque estaba solo. Por un lado asomaba un trozo de tapia y medio candado.

Pensé: «Mañana fallarán otra vez. Entonces lo saco».

Me pareció un buen plan. Tenía hora y todo.

Esta página la leí el jueves. No me gustó. La mía del miércoles, tampoco. —J.



CAPÍTULO 3

¿Sirve el plano de Guni?

Esa noche, cuando la mano se cansó de tapar, hice el plano entero.

El patio visto desde arriba, como lo ven las palomas. La tapia medida, tramo a tramo, con los números que había apuntado el martes en la rodilla. La cancela, con su flecha de cerrarse sola. La fuente, con el pez dibujado por su lado malo, para que no volviera a engañar a nadie. La tienda, en una esquina, pequeña. Los tres tramos, numerados dentro de un círculo. Y, detrás de la tapia, lo del martes.

Me salió un plano muy bueno. De los mejores que he hecho, y he hecho muchos. Lo miré un rato con el flexo inclinado, para que no hiciera sombra el lápiz. Luego lo doblé en cuatro, apretando los dobleces con la uña, y lo guardé dentro del cuaderno, entre dos páginas que no tenían nada que ver.



El jueves, en la tienda, Noa estaba contando.

Estaba en la acera, delante del escaparate, y andaba hacia el bordillo con unos pasos largos y todos iguales, sin mirarse los pies. Miraba hacia delante, a donde iba, y movía los labios.

—De la puerta al bordillo, seis pasos. Del bordillo a la farola, once.

—Eso se mide con cinta —dije.

—Yo mido en pasos. Los llevo siempre puestos.

Lo pensé. Era verdad: la cinta hay que sacarla, estirarla, sujetarla con el pie, y luego se enrolla sola y te muerde un dedo. Los pasos no se olvidan en casa.

—¿Cuánto mide un paso tuyo?

—Uno.

Le medí un paso. Estiré la cinta en el suelo de la tienda y Noa dio un paso largo encima, de los suyos, sin pensarlo, como quien firma. Me agaché a leer la marca: cincuenta y ocho centímetros. Ella lo apuntó en su libreta. Yo, en mi cuaderno. Las dos letras ponían lo mismo: «1 paso de Noa = 58 cm».

—¿Y el tuyo? —preguntó.

No lo sabía. Me medí. Di un paso encima de la cinta, uno normal, de los de ir al colegio, y Noa se agachó a leerlo, porque yo desde arriba no llegaba sin mover el pie: cincuenta y un centímetros. Ella lo apuntó también. Yo llevaba toda la vida con los pasos puestos y no los había contado nunca.

Julita nos miraba desde el mostrador con los brazos cruzados y una ceja levantada, como quien ve dos relojes dando la misma hora.

Yo creía que Noa sería otra Julita. No lo es. Noa cuenta.



Fuimos al patio con Irene. Julita y Noa querían probar su idea: abrir las dos hojas de la cancela.

La primera hoja se abre y se cierra sola: la conocíamos. La segunda no se abrió. Tiraron de ella las dos, cada una con las dos manos y los pies clavados en el suelo, Julita roja y Noa contando hasta tres en voz alta, y a la de tres no pasó nada. Irene se agachó a mirar. Tiene pintura encima de la pintura, y un tornillo en el suelo que la clava, gordo como un dedo.

—Pues entonces la etiqueta está mal —dijo Julita.

—Seguro —dijo Noa.

Lo decidieron en dos segundos. Los conté. Saqué el lápiz para la rayita. Era la quinta.

No la hice.

El lápiz se quedó a un dedo del papel. Miré la fila de rayitas, en la esquina de la página: cuatro, bien hechas, rectas, todas del mismo tamaño. Las había hecho con mucho cuidado. Y faltaba una.

El martes, detrás de la tapia, yo también decidí una cosa sin preguntar a nadie: callarme.

Debajo de DECIDIDO SIN MÍ, con la misma letra y a lápiz, escribí otra fila: DECIDIDO SIN ELLAS. Y una rayita. Salió más torcida que las otras.



—La etiqueta no está mal —dije. Me salió más alto de lo que quería—. El patio tiene otra puerta. Está detrás, en el callejón del canal. Es vieja y tiene un candado. La encontré el martes.

Saqué el plano de entre las páginas y lo desdoblé encima del teatrillo plegado, que estaba en el suelo y hacía de mesa. Los dobleces lo partían en cuatro, en cruz, como una ventana.

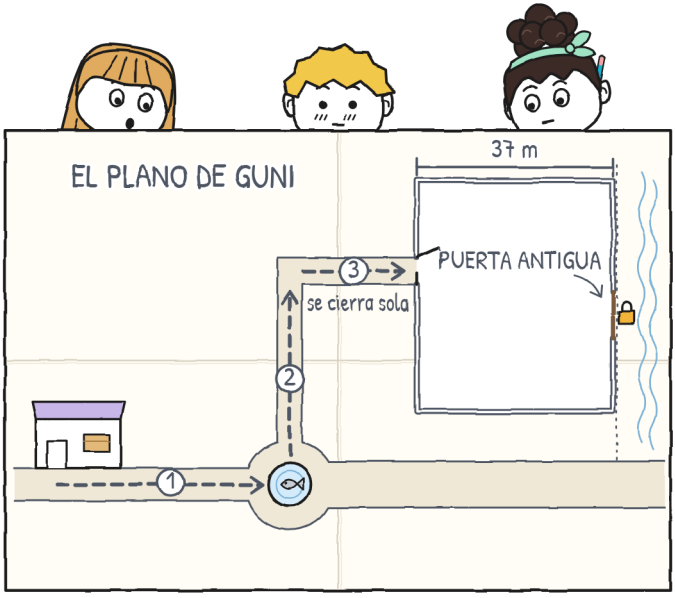
—¿El martes? —dijo Julita.

—El martes. Lo guardé para tener razón después.

Las tres cabezas se inclinaron sobre el papel. La tapia: treinta y siete metros. La cancela, a un lado, con su «se cierra sola». Y en el lado contrario, una puerta de dos hojas con un candado dibujado de frente, para que se viera bien: PUERTA ANTIGUA.

Nadie dijo nada durante un rato. Lo medí: fue largo. Se oía el ajedrez al otro lado de la tapia, una pieza contra un tablero, de vez en cuando, como un reloj que no tiene prisa.

—Vale —dijo Noa. Y copió la puerta en su mapa.



La copió con el lápiz turquesa, con cuidado, contando con la punta los cuadritos de mi plano para ponerla en su sitio. No preguntó nada más. Para Noa, una puerta que existe es una puerta que se apunta.

Julita no dijo «vale». Movía un pie. Su zapato rojo iba y volvía sobre el suelo del patio, tac, tac, tac, a un ritmo que yo conozco: el de las cosas que no se van a decir enseguida.

—Ayer nos habría venido muy bien.

—Ya.

Ayer, con el plano en el cuaderno, yo había medido cuatro metros de mi pie a la fuente mientras Noa estaba dentro de un teatro.

En el patio no hay rincón. Tampoco lo busqué. Me quedé donde estaba, con el plano abierto y las dos manos encima, para que no se lo llevara el aire.

No dije «vale» porque no era verdad todavía. —J.



Fuimos a verla los tres, con Irene. Salimos por la cancela, que se cerró detrás con su clic, y dimos la vuelta a la tapia. Noa la contó, en voz baja, con los labios: sesenta y cuatro pasos. Yo ya la tenía: treinta y siete metros. Lo hice de cabeza, sesenta y cuatro por cincuenta y ocho, y me salieron treinta y siete y un poco. Salía lo mismo.

Noa me miró cuando lo dije. No dijo nada, pero apuntó «37 m» al lado de sus pasos, y yo apunté «64 pasos» al lado de mis metros.

El callejón del canal es estrecho y huele a agua quieta. Al fondo se ve la barandilla, y detrás, el canal, que pasa sin mirar. La puerta antigua es de madera, de dos hojas, ancha como la cama de un gigante. Noa la midió de un lado al otro: tres pasos. La medí yo: un metro setenta y cinco. Casi dos cancelas. La madera está gris de tanto llover encima. El candado tiene más óxido que candado.

Julita lo tocó con un dedo, solo con la punta, como se toca algo que podría morder.

—Lleva años cerrada —dijo Irene—. Yo siempre la he visto así.

Irene buscó en el registro del centro, que lleva en la carpeta, hoja por hoja, pasándolas con el pulgar mojado, hasta una hoja amarilla.

—Aquí está. Cuando esta puerta se usaba, al patio se entraba por dos sitios: por la cancela o por aquí. Lo llamaban «el de las dos puertas». Y de todos los grupos, solo el teatro ensaya en el patio.

En la hoja había un plano antiguo, a tinta, del patio con sus dos puertas, y un rótulo: PATIO DE LAS DOS PUERTAS. Era parecido al mío. Más viejo y peor medido, pero parecido. Le conté las puertas: dos. Al mío, también dos. Era la primera vez que un plano de otro me daba la razón, y lo había dibujado alguien mucho antes de que yo supiera dónde estaba este barrio.

—Entonces la etiqueta no es un acertijo —dijo Noa.

—Es una dirección —dije yo.

«Taller del patio. Entrada por las dos puertas.» Estaba bien escrita. Era vieja, nada más.

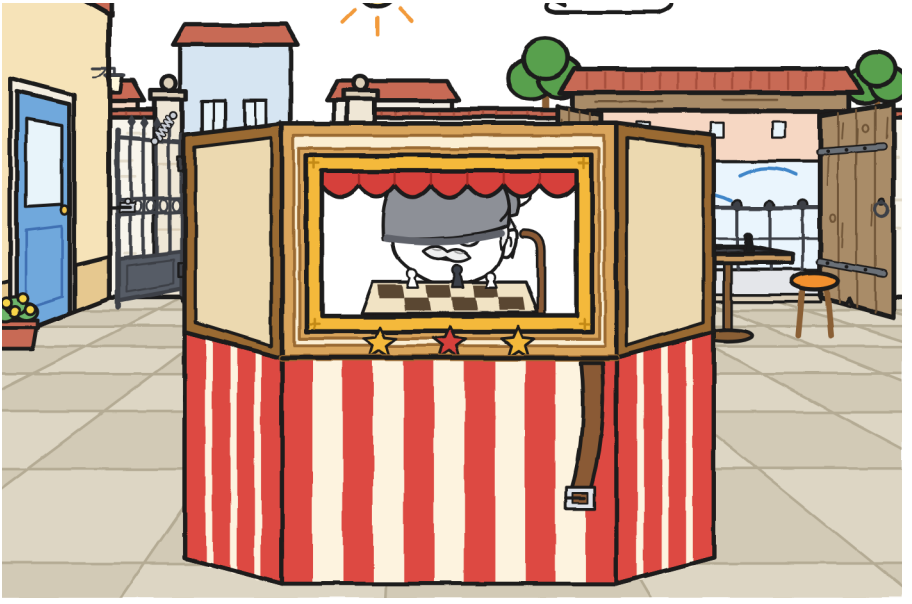
Mara dijo luego que vio ese candado nueve veces. Creyó que una puerta cerrada ya no contaba. —J.

La llave estaba en la carpeta, en un sobre: «Puerta antigua. No perder». Irene la sacó con dos dedos, la miró como se mira a alguien que no ves desde hace mucho, y abrió el candado. Costó. Primero no giró; luego giró de golpe. La puerta hizo un ruido de barco.

Dentro, en el patio, los del ajedrez habían sacado las mesas al sol. Nadie levantó la cabeza. Una puerta que lleva años cerrada se abre a su lado con un ruido de barco y los del ajedrez no levantan la cabeza: eso también es una forma de jugar.

Irene abrió el teatrillo en medio, para ver cuánto sitio dejaba entre las dos puertas. Lo abrió con Noa, las dos con las manos en los largueros. Clac, clac, clac. Dejaba de sobra.

Por la ventana del teatrillo se veía a don Antonio, con la boina sobre los ojos y el bastón entre las rodillas, delante de un tablero. Estaba pensando una jugada. Roncaba un poco. Lo dejé dentro del marco un rato, mirándolo, y no quise moverme para no cambiar el cuadro.



—El sábado abriré las dos —dijo Irene—. Las bicis entran por la antigua, desde el callejón del canal. Las cargas a pie, por la cancela, desde la acera. Así no se cruzan.

—Pero la antigua es más ancha —dijo Julita—. Y no se cierra sola.

—Y la cancela es la vuestra. Si el taller lleva el teatrillo a una plaza, habrá puertas peores.

Julita abrió la boca. La tuvo abierta un momento, con la frase preparada, y no la dijo. Miró a Noa. Me miró a mí.

—¿Tú qué dices?

Era la primera vez en toda la semana. Lo apunté con la fecha: «Jueves 29. ¿Tú qué dices?». Lo apunté antes de contestar, para que no se me olvidara la pregunta mientras pensaba la respuesta.

Dije que la cancela, pero ensayada. Noa dijo lo mismo. Julita dijo que vale, y esta vez era verdad a medias. Una mitad más que antes.



Después arreglamos el medidor. Lo pusimos encima del teatrillo plegado, que ya era nuestra mesa de siempre aunque solo llevaba dos días siéndolo. Tenía tres casillas, y ninguna servía para lo de ayer ni para lo mío.

La casilla nueva la dibujamos entre los tres. Yo hice el recuadro, a lápiz. Julita escribió el nombre, en verde. Noa hizo el

dibujito, en turquesa: una boca con rayitas, como las que salen de una radio.

- AVISAR: decir lo que uno sabe.

En la fila del miércoles, en la casilla nueva, Julita escribió: «nadie». En la del martes, escribí yo: «Guni, no». Lo escribí despacio y con la letra de siempre, ni más grande ni más pequeña, y no lo borré.

El medidor de tres tiene cuatro casillas. No me quejo. La cuarta es la que más me cuesta. —J.

Volvimos por la fuente. Atardecía, y el agua se había puesto del color del cuaderno. Me paré delante del pez, por su lado cojo. Le faltaba la aleta igual que el miércoles, pero ahora ya sabía mirarla.

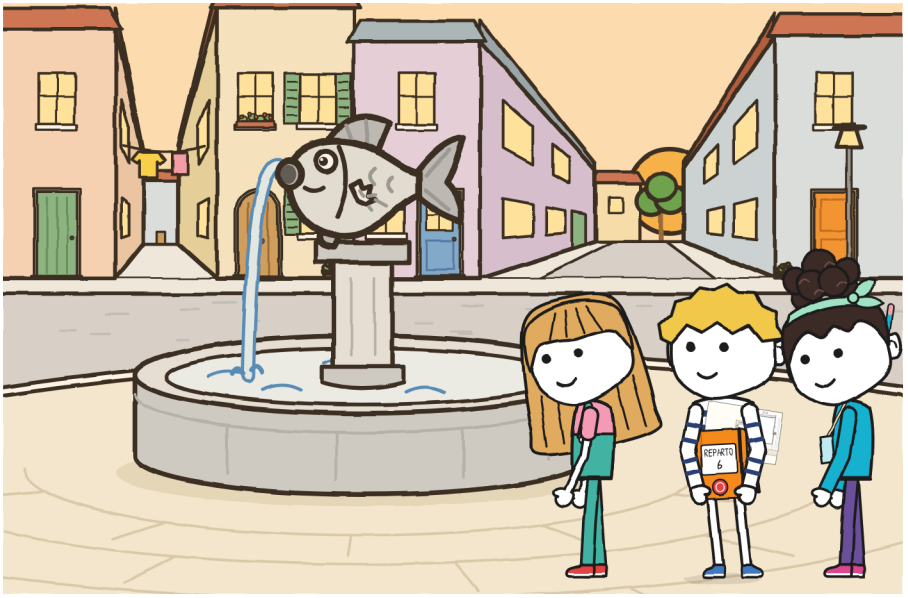
—¿Me contáis la historia?

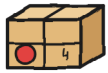
Julita y Noa se miraron. No se rieron. Les asomó algo, una esquina de la risa del miércoles, y se lo guardaron, cada una el suyo.

—Es larga —dijo Julita.

—El sábado —dijo Noa—. Si llegamos.

No era un no. Guardé el plano en el cuaderno, esta vez sin doblar, con medio plano asomando.


REPARTO
6



CAPÍTULO 4

¿Puede dirigir cualquiera?

El viernes, Toño vino a la tienda con el reloj, un lápiz y la hoja de inscripción de RAYO sujeta con una pinza a una tablilla. La dejó en el mostrador para que la viéramos, como se deja un trofeo que todavía no se ha ganado.

GINCANA DEL BARRIO · SÁBADO 31. Equipo: RAYO. Debajo, tres nombres numerados: Zoe, Toño, Bruno. Todo con la misma letra picuda, que no era la de Toño. Ningún nombre tachado.

—La ha escrito Zoe —dijo—. Bruno le dictó: «Bruno, con be».

—¿Y Zoe?

—Escribió Bruno. Con be.

Lo comprobé. La be estaba, y era muy firme, de las que se escriben cuando alguien te está mirando el lápiz.

Luego se sentó en su caja, la de «de momento», y puso el reloj a cero con un clic que se oyó en toda la tienda.

—Hoy cronometro. No opino. Apunto qué hay que repetir.

Toño es de RAYO y es de la tienda, y esa tarde parecía haber resuelto cómo ser las dos cosas a la vez: en la tablilla, la hoja de su equipo; en la muñeca, nuestro tiempo.



Había tres ideas, una por cabeza. La de Noa: relevos. Tres tramos, y en cada uno orienta otro. La mía: que orientar y abrir paso fueran cosa de la misma persona, la que va libre, porque los dos que cargan solo ven teatrillo; lo sé porque el miércoles fui uno de ellos y lo que vi, sobre todo, fue tela pintada. La de Julita: empezar ya.

Yo dije que antes había que mirar el camino entero, en el plano.

—Lo miramos andando —dijo Julita.

Ganó ella. Andando, el camino se mira muy deprisa.

—¿Quién orienta el primero? —preguntó Noa.

Señalamos los tres a la vez. El martes ya lo habíamos hecho, y cada uno había señalado un sitio distinto: la cancela, la sala, la calle. Esta vez nadie señaló un sitio. Yo señalé a Noa, Noa señaló a Julita y Julita me señaló a mí. Tres brazos en corro, como los radios de una rueda que no piensa girar, y en medio, en el suelo, el teatrillo plegado. Ninguno se señaló a sí mismo.

Toño lo apuntó sin levantar la vista. Irene esperaba en la puerta, con la carpeta contra el pecho, sin opinar tampoco. Aquella tarde había en la tienda dos personas que no opinaban, y

una tercera, Mara, que no opina nunca en voz alta, así que el plan lo sacamos dando la vuelta al corro:

1. Tienda → fuente: orienta Julita.
2. Fuente → esquina: orienta Guni.
3. Esquina → patio: orienta Noa.



Antes de levantar el teatrillo, Julita dijo:

—Una cosa.

No lo había anunciado. Se puso delante de mí; no delante del teatrillo, ni de Noa, ni de la puerta: delante de mí, con los brazos pegados al cuerpo como si se los hubiera atado para que no se le escaparan.

—El miércoles di una indicación que solo entendía Noa y luego dije que tú te habías perdido.

No dijo nada más. No hacía falta: estaba todo. Lo que había pasado, quién lo había hecho y a quién. Yo, para lo mismo, habría necesitado una página y, al pie, una nota con asterisco.

Le miré los pies. Los pies de Julita están hechos para irse; cuando habla, uno de los dos ya va camino de otra parte. Esta vez estaban quietos los dos, juntos, plantados en las baldosas como si los hubiera aparcado con el freno echado. Detrás de mí, Noa, ya con la mano en su asa, miraba el suelo con muchísimo interés, para no molestar. Toño tenía el lápiz parado a un centímetro de la hoja.

—Vale —dije.

Lo aprendí de Noa, el jueves. Me salió entero.

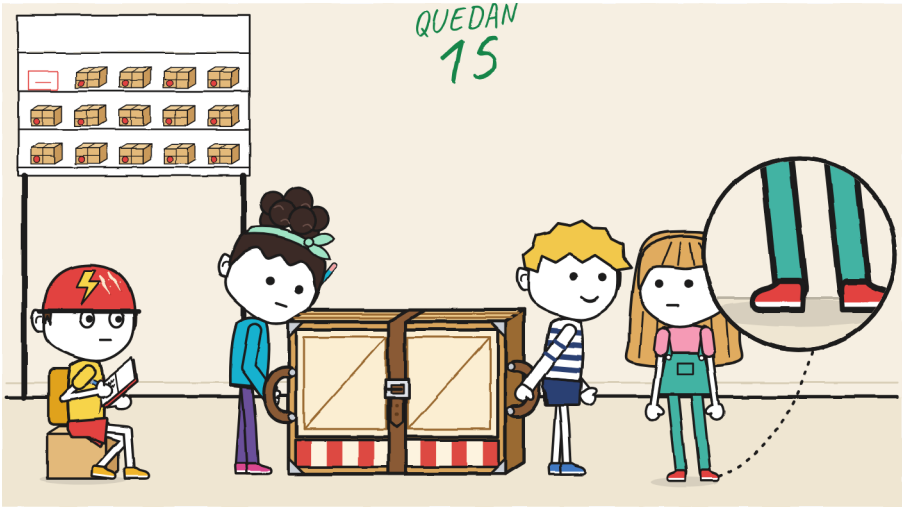
Y como no sé aceptar nada sin hacer una pregunta, hice una:

—¿De qué lado le falta la aleta al pez?

—Del izquierdo, según llegas —contestó Julita, sin pensarlo, como quien se ha estudiado la respuesta—. En la fuente, giro a la izquierda. Te aviso cinco pasos antes.

—Eso sí es una indicación.

Tenía lado, sitio y aviso. La copié tal cual en el cuaderno, con su «según llegas», que era justo lo que le había faltado al miércoles.



Los dos pies quietos. Compruébalo en el dibujo. —J.

Tramo uno. Noa abrochó la correa en el segundo agujero. Yo dije que en el tercero aguantaba más.

—En el tercero tarda en soltarse —dijo Noa—. Y al llegar hay prisa.

Lo dije una vez, en voz alta, y lo perdí. Las asas pesaban lo mismo.

Salimos. Irene, la última, a diez pasos, con la carpeta; Toño, por la calzada, con la bici de la mano y los ojos en la muñeca. Julita iba tres pasos por delante, y a la entrada de la plazuela levantó un brazo hacia la izquierda.

—Cinco pasos... ¡Giro a la izquierda!

—¡Correa! —dijo Noa. Y la sujetó.

Giramos alrededor del pez cojo como si lo hubiéramos hecho siempre. Desde mi lado, el pez seguía teniendo todas las aletas; ya había aprendido a no fiarme de él. Ningún clac.

—Tramo uno: seis minutos —dijo Toño—. Repetido: nada.



En la fuente cambiamos. Julita y Noa, a las asas; yo, libre. Era la primera vez en mi vida que dirigía algo que no fuera un lápiz.

Lo había preparado. La noche anterior, debajo del flexo, había medido en el plano la calle estrecha: dos bordillos, un portal que sobresale, una tapa de alcantarilla que baila y un paso de cebra. El camino corto, el de ellas, cruza en diagonal por donde no hay

rayas. El mío baja el bordillo, cruza por las rayas y vuelve a subir: nueve pasos de más y dos «alto» que el otro no tiene. Lo había numerado todo. Pero un plano no tiene señoras.

Yo oriento así:

—Tres pasos. Alto. Bordillo. Sube. Dos pasos. Alto. Una señora.

La señora venía de frente con un carrito de la compra.

—Buenas tardes.

Me devolvió el saludo. Yo no bajé la mano.

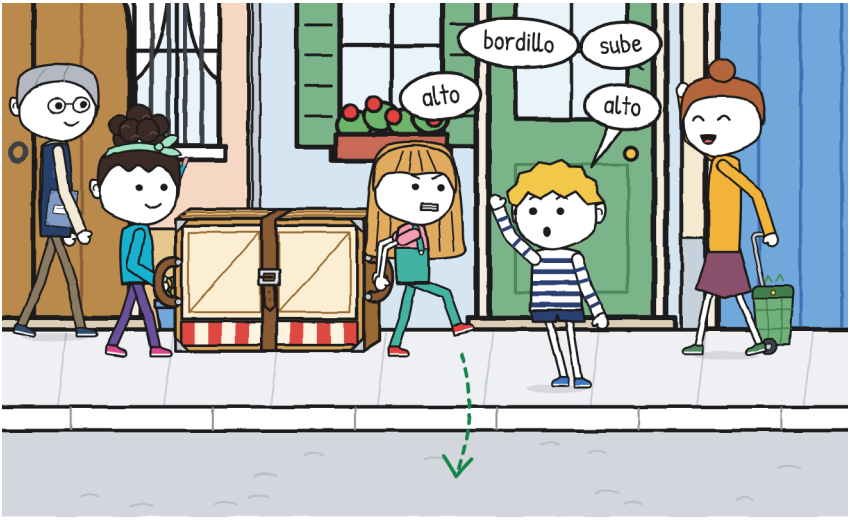
—Pasa la señora. Cuatro pasos.

Iba andando de lado, como los cangrejos y los guardias, con una mano en alto. Una mano en alto es lo único que tiene un guardia de tráfico, y los autobuses le hacen caso. «Alto» se lo había oído a Irene el miércoles: ella no dice por dónde; dice «alto» cuando hay un bordillo. Entonces me pareció poco. Desde el sitio de quien orienta parece muchísimo: es la única palabra que para a la vez a dos personas, un teatro y, si hace falta, una señora.

—Alto. Tapa. La pisamos por el borde, no por el centro. Dos pasos.

Julita iba delante, con su asa, sin decir ni mu. Eso, en Julita, es una noticia. El pie se le iba solo hacia el camino corto: salía en diagonal, como sale la mano hacia el timbre de una casa conocida, se quedaba un momento en el aire y volvía a mi línea.

Lo devolvía al mío. La vi hacerlo cuatro veces. A la cuarta apretó los labios, y ya no los soltó hasta la esquina.



Noa, detrás, movía los labios. Pensé que contaba pasos, que es lo que hace siempre. En la calzada, Toño miraba el reloj y luego a mí, y luego el reloj, como quien compara dos cosas que no se ponen de acuerdo.

—Alto. Esquina.

Llegamos. Nadie había tenido que dar marcha atrás.

—Tramo dos: once minutos —dijo Toño—. Es el más lento que he cronometrado en mi vida. Repetido: nada.

Once minutos son muchos minutos. Me dio igual. Lo de los minutos lo apuntó Toño; lo otro lo apunté yo, con letra pequeña,

para que no se gastara: era la primera vez que yo dirigía algo y no había que repetirlo.

—Has dicho «alto» catorce veces —dijo Julita.

—Las he contado —dijo Noa—. Quince.

Así que no contaba pasos.

—Sobraban seis —dijo Julita—. Pero las he hecho todas.

—No sobraba ninguno —dije yo.

—Seis.

Toño no apuntó quién tenía razón. Apuntó el número: «"alto": 15 (cuenta Noa)». Julita destapó el rotulador y dibujó al lado, en verde, un caracol con el casco de RAYO. Toño lo miró un rato. No lo borró. En la hoja de Toño no se borra nada.

No discutí ninguna. Me dolían los dientes de apretarlos. —J.



Tramo tres, de la esquina al patio. Cargábamos Julita y yo; orientaba Noa, con el mapa de la gincana que Irene había repartido a todos los equipos.

A los veinte pasos se paró, donde empieza el callejón del canal.

—No sale.

—¿Qué no sale?

—El mapa nos mete por aquí. Hasta la puerta antigua. Y nosotros entramos por la cancela, que está al otro lado.

Julita empezó a girarse hacia ella para verlo, con el teatrillo entero detrás del giro y nadie en la correa.

—Al suelo —dije.

—Lo miramos un segundo y seguimos.

—Primero se deja. Luego se discute.

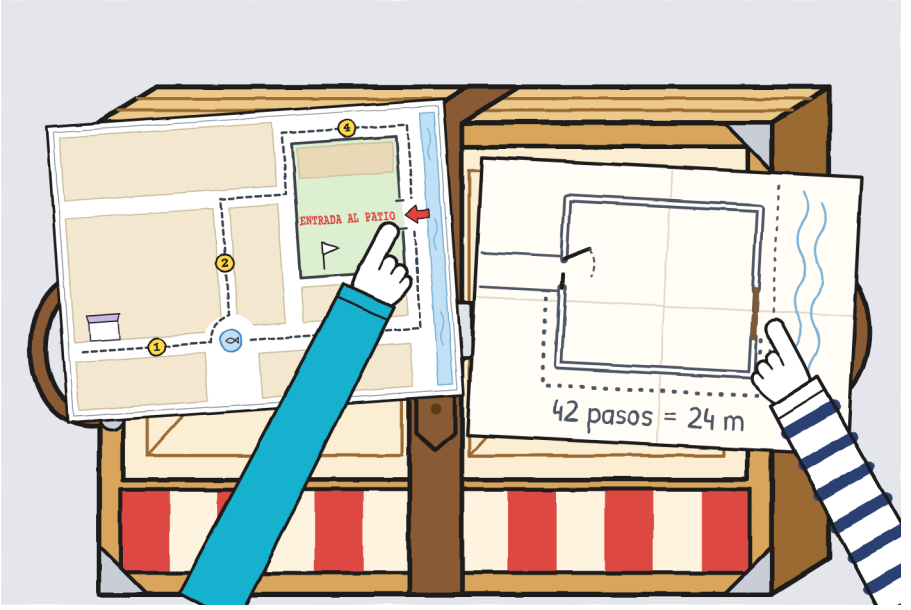
Julita miró la correa, me miró a mí y bajó su lado. Yo bajé el mío. El teatrillo se quedó en la acera, plano y obediente, que es como está mejor.

Puse mi plano al lado de su mapa, encima del teatrillo, que otra vez nos hacía de mesa. Desde el jueves lo llevo sin doblar, y se nota: ocupa medio cuaderno y asoma por arriba como una lengua. En el mapa de la gincana solo había una entrada pintada, con una flecha roja, y no era la cancela: era la puerta antigua. La del candado. La que el martes encontré yo solo y me callé dos días.

—Es un mapa viejo —dije—. De cuando se entraba por allí.

Noa puso un dedo en el suyo y yo, en el mío. El mismo sitio, en dos papeles.

De allí a la cancela había cuarenta y dos pasos de Noa. O veinticuatro metros míos. Con su paso y mi cinta se puede medir el barrio entero.



—¿Se lo decimos a Irene? —preguntó Julita.

Irene estaba a diez pasos, con la carpeta. Lo había oído todo, estoy seguro, y esperó a que se lo dijéramos, como se espera a que alguien termine una frase.

—Y a los demás equipos —dijo Noa—. Si no, los de a pie se meten todos en el callejón. Con las bicis.

Me imaginé el callejón el sábado: cinco equipos, cada uno con su carga, y tres bicis de RAYO tocando la campanilla delante de una puerta.

Yo no dije nada. Estaba de acuerdo. Un acuerdo no deja rayita.

Irene se sentó en un banco del patio con todos los mapas en las rodillas y los corrigió uno por uno con un rotulador rojo: tachaba la flecha vieja y dibujaba dos, una con una bici en la puerta antigua y otra con un fardo en la cancela. Toño comparó el suyo con mi plano, línea por línea.

—RAYO pensaba entrar por donde decía el mapa.

—Vosotros entráis por ahí —dijo Irene—. Para las bicis, el mapa estaba bien. De casualidad.

Toño se quedó mirando su mapa con la cara de quien se entera de que tenía razón sin haber hecho nada para tenerla, que en RAYO no puntúa.



Volvimos a la esquina y repetimos el tramo tres, ahora hasta la cancela. Julita y yo cargábamos, y Noa orientó, abrió paso y avisó, todo a la vez:

—¡Alto! ¡Sujeto la hoja! ¡Pasa!

Pasamos. Rellené el medidor. En la fila «esquina → patio» puse: Guni y Julita, Noa, Noa, y en la cuarta casilla, «Noa: "el mapa está mal"». Cada nombre, de su color: lápiz, verde y turquesa.

Era la primera fila con todas las casillas llenas. La casilla de avisar la habíamos inventado el jueves por mí, y la estrenó Noa. Escribí su nombre con la letra más clara que tengo.

La sujetó con la espalda, como tú el martes. Lo apunto yo. —J.



Toño nos enseñó su hoja. Arriba ponía, en mayúsculas, QUÉ HUBO QUE REPETIR:

- Miércoles: el giro de la fuente, 3 veces.
- Viernes, tramo 1: nada.
- Tramo 2: nada (lento).
- Tramo 3: la entrada. No era culpa del equipo: era del mapa.

Y al pie, subrayado dos veces: «Lo que más se repite no son los pasos. Son las indicaciones.»

—Eso último es una opinión —dijo Julita.

—Es un dato —dijo Toño—. En RAYO, una dirección mal dicha se paga dos veces: a la ida y a la vuelta.

Se puso el casco y se fue a ensayar lo suyo. En la primera esquina, tilín.



Por la noche, en la tienda, Mara guardó el teatrillo en su caja, y la caja volvió a ser una caja igual que todas. Antes de que la tapa bajara, Noa miró la hebilla.

—Mañana, en el tercer agujero. Aunque tarde más en soltarse.

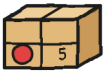
Lo dijo mirando la hebilla, no a mí. Era lo que yo había dicho antes de salir. No lo apunté en ganados: lo había decidido ella, a su hora, y eso va en otra columna.

Abrí el cuaderno por la esquina de las rayitas: las cuatro de DECIDIDO SIN MÍ y, debajo, la mía. Hoy no había hecho ninguna. Repasé el día con el lápiz en el aire, como se repasa una cuenta antes de darla por buena. Conté cuatro desacuerdos. Los cuatro los dije en voz alta. Gané uno.

Viernes. Desacuerdos: 4. Dichos: 4. Ganados: 1.

En su balda, la caja del n.º 6 seguía con sus nueve sellos. Nueve. Ni uno más.

El que ganaste era el de dejar el teatrillo en el suelo antes de discutir. Ese te lo regalo. —J.



CAPÍTULO 5

¿Importa llegar primeros?

El sábado me puse la camiseta naranja de los sábados. No es superstición: los sábados pasan cosas, y prefiero ir vestido igual todos para poder compararlos.

—Vas a juego con el cuaderno —dijo Julita.

Puse el cuaderno contra la camiseta para comprobarlo. Tenía razón, con un margen de un tono.

A las once, el patio tenía las dos puertas abiertas por primera vez en muchos años, y había gente entrando por las dos: las bicis, por la antigua, desde el callejón del canal; los de a pie, por la cancela, desde la acera. La puerta antigua, de par en par, parecía más sorprendida que nadie. Había banderines de tapia a tapia y una mesa con un cartel que ponía META. Flora estaba sentada en primera fila con su termo, como quien ha venido a ver pasar un desfile y piensa quedarse a los fuegos. La zapatera, de pie, con los brazos cruzados. Vera, con Miga en brazos; Miga, con la cabeza girando hacia cada cosa que se movía, que esa

mañana eran todas. En lo alto de la tapia, una urraca. Nadie la había invitado.

Irene se subió a un banco y tocó el silbato. Se hizo un silencio de patio de colegio, que es un silencio con mucho ruido debajo.

—Cada equipo trae su carga hasta aquí, pasando por todas las estaciones. Con carga no se corre. Quien corra, repite el tramo. Y gana tiempo quien no repite.

Lo apunté palabra por palabra. Era la primera vez que una regla de un juego me parecía escrita para mí.



En la lista había cinco equipos, clavada con chinchetas en un corcho:

1. RAYO (Zoe, Toño, Bruno)
2. EL CORO
3. JAQUE
4. LAS AGUJAS
5. NOA + 2

RAYO llevaba un sobre, en bici. El coro, un atril. El ajedrez, un tablero gigante. La costura, un maniquí sin cabeza. El nuestro lo había apuntado Noa el lunes, antes de conocerme.

—Somos «Noa + 2» —le dije a Julita.

—Yo soy el 2 —dijo ella—. Tú serás el más.

Miré la crucecita entre el nombre y el número. Nunca había sido un signo. Lo apunté como un cargo.

Cada equipo salía de la puerta donde dormía su carga. A nosotros nos dio la salida don Antonio, que vive cerca y no corre.



En la puerta de la tienda, Mara sacó el teatrillo de su caja, y el teatrillo creció hasta su tamaño de calle. Noa abrochó la correa deprisa y lo levantamos.

Clac. Un panel se abrió un palmo, como una boca que se acuerda de algo.

—Al suelo —dije.

Nadie discutió. Lo bajamos los tres a la vez, despacio, como si dentro llevara un huevo. La segunda vez, Noa abrochó la correa sin prisa, en el tercer agujero, y tiró dos veces para probarla. Yo miré la hebilla y luego la calle. Las dos estaban bien.

Don Antonio se quitó la boina y la bajó de golpe, que hacía de bandera.

—Con calma —dijo—, que es como se llega.

Mara cerró la marcha, con la caja vacía bajo el brazo. Sin nada dentro parecía más grande.



Tramo uno. Julita orientaba.

—Cinco pasos... ¡Giro a la izquierda!

—¡Correa!

Girábamos despacio alrededor del pez cojo, ocupando toda la esquina, cuando llegó Zoe en la bici. Iba la primera de todos. Frenó y puso un pie en el suelo.

—Pasad vosotros. Con eso no se corre.

Esperó hasta que salimos de la curva. Luego se fue. La adelantamos durante veinte segundos. Lo cronometró ella misma.

Frenó en seco. La trenza tardó un poco más. —J.

En cada estación sellaban una tarjeta. La de la panadería la llevaba Elia, que sellaba con el pulgar lleno de harina y apretaba como si la tarjeta fuera masa y hubiera que dejarla reposar. A la nuestra le dejó tres huellas blancas, una por cabeza, aunque llegamos cuando a la de RAYO ya se le había secado la harina.

RAYO pasó tres veces por delante de nosotros, cada vez por una calle distinta. Desde detrás de un teatrillo, RAYO parecía un reloj de cuco: salía, sonaba y se metía. Toño llevaba las dos manos en el manillar y tocaba la campanilla en las esquinas. Bruno llevaba el sobre. Zoe iba delante y los esperaba en cada estación, sin tocar la tarjeta hasta que estaban los tres. La segunda vez que pasaron, Toño no miró el reloj: nos miró a nosotros. Fue lo más parecido a una opinión que le vi en todo el día.

En el tramo dos cargaban Julita y Noa, y orientaba yo. Nos adelantó el coro, con su atril. Corriendo. Sonó el silbato de Irene, que estaba en todas partes a la vez, y el coro volvió a la fuente cantando bajito, que es como se canta cuando hay que repetir un tramo.

Nos adelantó el ajedrez, con el tablero de canto y las piezas en una bolsa que sonaba a granizo. Nos adelantó hasta el maniquí, en horizontal, llevado por tres de la costura que iban de puntillas, como si el maniquí durmiera. Que te adelante un maniquí sin cabeza es una experiencia que no sé medir, y lo intenté.

Julita no corrió. Bueno: se le fue un pie. Lo devolvió.

—¿Importa llegar primeros? —preguntó.

—La etiqueta no dice «primeros» —dijo Noa—. Dice «plegado».

—Bordillo —dije yo.

Lo subimos.

El coro repitió el tramo cantando. A la vuelta afinaba mejor. —J.



Tramo tres. Orientó Noa hasta la cancela. Allí dejamos el teatrillo en el suelo.

—¿Quién abre? —preguntó Julita. Y esperó la respuesta.

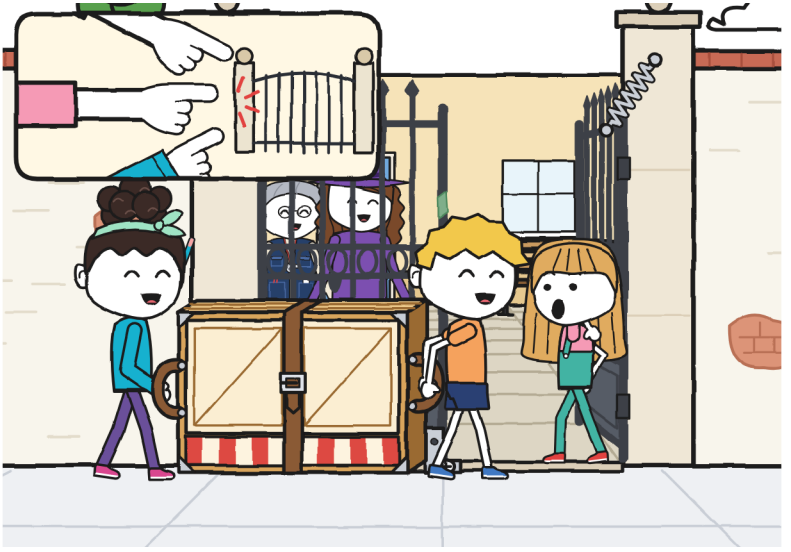
Señalamos los tres a la vez. Era la tercera vez en la semana. El martes, cada uno había señalado un sitio. El viernes, cada uno, a otra persona. Esta vez, los tres, al mismo sitio: Noa señaló la cancela, Julita señaló la cancela y yo señalé la cancela. Luego nos reímos, porque así no se decide quién. Tres brazos apuntando a una puerta son una opinión muy firme sobre la puerta y ninguna sobre nosotros.

—Tú —dijimos Noa y yo.

Noa pasó a su asa. Julita sujetó la hoja con la espalda y con las dos manos, los pies bien plantados, y por una vez no se le fue ninguno.

—¡Alto! ¡Sujeto la hoja! ¡Pasa!

Pasamos. Plegado. Entero.



—Cuarenta y un minutos —dijo Irene.

RAYO había tardado catorce. Estaban los tres sentados en el suelo, al lado de las bicis, sin sudar. Zoe me saludó con dos dedos; Bruno, con la mano entera.

Mara vino con la caja bajo el brazo. Irene miró el teatrillo en el suelo de su patio, plegado, con la correa en su sitio, y lo miró un buen rato, de arriba abajo, como se mira a alguien que llega de un viaje largo para comprobar que viene entero. Abrió la carpeta y le enseñó a Mara la hoja del registro: «Taller de teatro. Responsable: Irene». Mara la leyó como lee ella, con el dedo, primero la línea y luego el sello. Julita le dio el rotulador verde, el que no se borra.

—Me sirve —dijo Irene. Y firmó en la etiqueta.

En la etiqueta apareció la palabra ENTREGADO. Nadie la había escrito. Alrededor seguían los nueve sellos de DEVUELTO, uno por cada viaje de Mara, y en medio, ahora, una firma verde que no pensaba irse a ninguna parte.



Irene abrió el inventario del centro para apuntar el teatrillo. No hizo falta: ya tenía su página. Arriba ponía TEATRILLO PLEGABLE · pendiente de recibir, y debajo, en una casilla que decía PRUEBAS, había una línea antigua, torcida, con muy mala letra:

«Probado en el patio. Plegado, pasa por las dos puertas. Abierto, no. —R.»

Nos inclinamos los tres a leerla, tanto que las cabezas le hicieron sombra.

—Es de antes de que yo llevara el taller —dijo Irene—. No sé quién es.

—Nosotros tampoco —dijo Julita—. Pero vamos sabiendo cosas.

R. estuvo en ese patio y probó el teatrillo antes de mandarlo. Esta vez midió las dos puertas: la cancela y la antigua. Lo que R. sabía cabía en una línea. A nosotros nos había costado una semana.

La puerta de Elia. Las dos del patio. Mide puertas. Lo guardo para la ficha. —J.



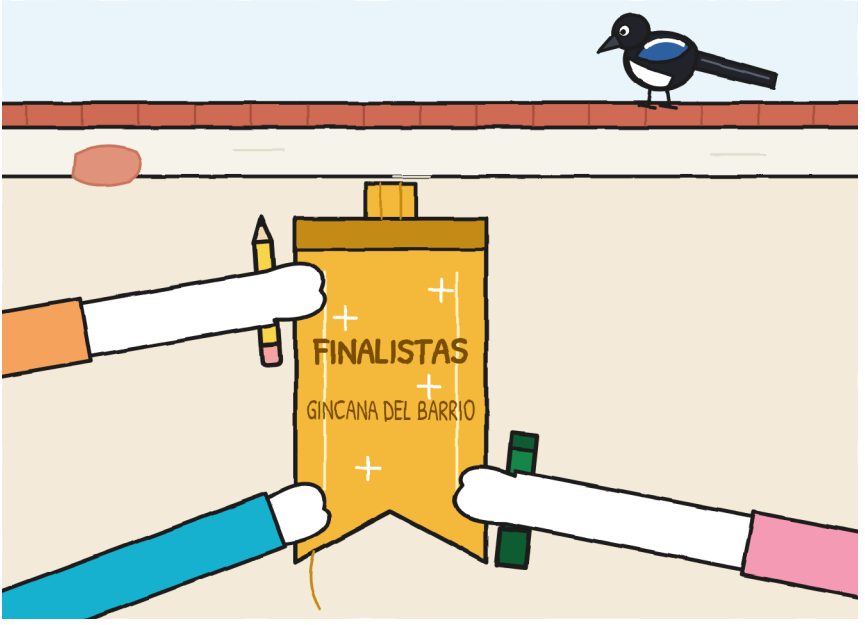
Ganó RAYO, sin repetir un solo tramo. El premio era una hogaza de Elia con un 1 de harina encima. Zoe la partió en tres trozos. El de Bruno era igual de grande que el suyo; lo medí a ojo, y mi ojo, con los trozos, no se equivoca.

A los equipos que llegaron con la carga entera, Irene les dio una cinta. La nuestra la vi de cerca porque la sujetábamos los tres: una mano con lápiz, una con rotulador verde y una con manga turquesa. Era de raso dorado, con brillos que cambiaban de sitio cuando respirabas cerca, un nudo corto arriba y un

borde que ya soltaba un hilo. Ponía, en letras que se leían desde lejos: FINALISTAS · GINCANA DEL BARRIO.

En la tapia, la urraca ladeó la cabeza. Es lo que hago yo delante de un plano que no entiendo.

—Finalista es el que llega el último —dijo Julita.



—Es el que llega al final —dijo Noa.

—Llegamos los últimos al final —dije yo—. Vale para las dos.



—Ya que está aquí —dijo Irene—, habrá que estrenarlo.

Lo abrieron entre Mara y ella, con las manos en los largueros. Clac, clac, clac. Era la primera vez en toda la semana que lo oía abrirse a propósito, y sonaba igual: se ve que al teatrillo le da lo mismo.

Nosotros, detrás. Teníamos dos minutos para inventar una función. Noa repartió los papeles. Antes preguntó:

—¿Quién quiere hablar poco?

Levanté la mano. Fue la mano más rápida de toda la gincana.

Miga se soltó de Vera, voló un metro y se posó encima de un panel, muy tiesa, con la cola colgando justo por delante de la ventana. Esa semana, por aquel marco se había visto a Toño con la boca llena, a Noa en mitad de la calle y a don Antonio dormido delante de un tablero. Ahora, la cola de Miga. El marco tiene un ojo infalible para lo que no toca. Era la función y todavía no había empezado.

Vera la recogió con los brazos estirados, y Miga se dejó, con la cara de «yo no he sido» que me copió el primer día.



La función se llamó «El paquete que no quería entrar». Julita hacía de Mara, con un cucurucho de papel por sombrero. Noa hacía de todas las puertas, y le salían todas distintas solo con cambiar de pie. Yo hacía de paquete, asomado a la ventana.

—¿El taller? —decía Noa—. Aquí, costura.

—DEVUELTO —decía yo.

—¿El taller? Aquí, coro.

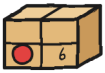
—DEVUELTO.

Lo dije nueve veces. El público las contaba, y el coro, que para eso había venido, las contaba afinando. La décima vez, Noa abrió los brazos, y yo dije la otra palabra.

Para saludar nos asomamos los tres a la ventana. Cabíamos. Apretados. Mi oreja izquierda era de Julita, y la derecha, del moño de Noa. Abajo, Mara, la del sombrero de verdad, aplaudía con dos dedos.



No se reparte en trozos. Se aprieta uno. —J.



CAPÍTULO 6

¿Qué queda cuando acaba la prueba?

Por la tarde volvimos a la tienda con la etiqueta. Noa vino también. Se quedó en la puerta, con la libreta colgada, contando los paquetes de la estantería con el dedo y los labios, sin voz.

Julita miró el cartel. Luego miró a Mara.

—¿Puedo?

—Es tu cartel.

Se subió al taburete azul, tachó el 15 y escribió, grande, 14. Mara pegó la etiqueta en su libro, con las otras cinco, y pasó la mano por encima dos veces, como se alisa una sábana.

En la puerta, Noa terminó de contar.

—Catorce —dijo, a nadie.

—Catorce —dijo Julita desde el taburete, con el rotulador todavía destapado.

Toño trajo la clasificación, con el sello del centro vecinal, para que la copiara en el cuaderno: RAYO, catorce minutos; JAQUE, veintinueve; LAS AGUJAS, treinta y tres; EL CORO, treinta y ocho, con un tramo repetido; NOA + 2, cuarenta y uno. La miré dos veces. «Bruno» estaba entero, sin tachar y sin nada encima. Lo de nuestro equipo lo arregló Noa con su lápiz turquesa, sin que nadie se lo pidiera: tachó el «+ 2» y escribió encima NOA, JULITA Y GUNI.

—El lunes no sabía cómo os llamabais —dijo—. Bueno. Cómo se llamaba Guni.

Saqué la ficha de R. Llevaba once pistas. Añadí una: «12. Probó el teatrillo en el patio del centro antes de mandarlo. Está en el inventario.» Toño la leyó. Leyó también lo suyo, más abajo, PENDIENTE: me debe una explicación, y pasó el dedo por debajo, sin tocar la tinta. No tachó nada.

—Probó el teatrillo —dijo—. Mi campanilla, no la probó.

—Eso no lo sabemos —dijo Julita.

—De mi campanilla no hay ninguna línea en ningún inventario —dijo Toño. Y eso también era verdad.



Luego desdoblé el plano en el mostrador. Bueno: ya no estaba doblado. Desde el jueves viajaba abierto dentro del cuaderno, asomando por arriba, pero tenía las marcas de los dobleces, en

cruz, como una ventana, y esas no se van. Un plano se acuerda de cómo lo han tenido.

Lo sujeté con la cinta métrica en una esquina y el bote de lápices en la otra.

—Le falta tu parte —le dije a Noa—. Lo que hay de la fuente para allá. Yo de esas calles solo sé los metros.

Esa frase no la había ensayado. La había pensado, que es distinto: durante la función, asomado a la ventana, entre el sexto DEVUELTO y el séptimo.

Noa miró a Julita. Julita miró al techo, que es su manera de no meterse, y lo miró con un interés que el techo de la tienda no se ha ganado nunca.

—¿Puedo pintar en él?

—Para eso te lo enseño.

Empujé el plano hacia ella con las dos manos. Noa sacó el lápiz de detrás de la oreja y lo tuvo un momento en alto, sin tocar el papel, como se queda la mano antes de llamar a una puerta que no es la suya. Luego bajó.

Era la primera vez que otro lápiz tocaba ese papel. Cada vez que la punta turquesa bajaba, yo apretaba un poco más la cinta métrica contra su esquina, aunque el plano no tenía ninguna intención de irse. Julita se dio cuenta y no dijo nada, lo cual, en Julita, es una forma muy ruidosa de darse cuenta.

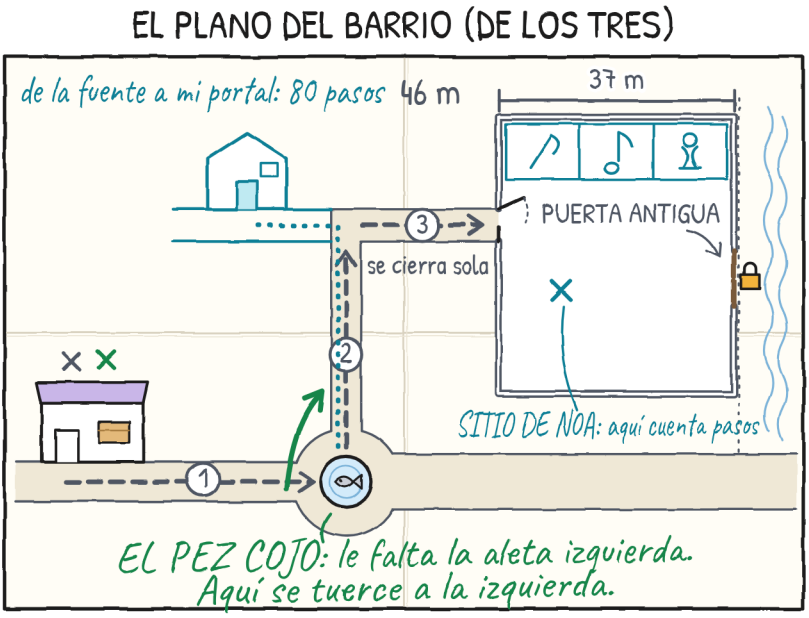
Añadió su calle, el centro por dentro, con la sala, el patio y el pasillo que los une, y las distancias, en pasos. Escribe pequeño y recto, como si cada letra tuviera que caber en una baldosa. Yo ponía los metros al lado. «De la fuente a mi portal: 80 pasos», escribió ella, y yo, al lado: «46 m». Ochenta por cincuenta y ocho dan cuarenta y seis con cuarenta. Redondeé hacia abajo, por educación. En mi plano había, por primera vez, dos unidades, y ninguna estaba equivocada. En el patio, Noa marcó una crucecita turquesa: «SITIO DE NOA: aquí cuenta pasos».

Julita no aguantó más. Destapó el rotulador y escribió junto a la fuente, en verde y sin pedir permiso: «EL PEZ COJO: le falta la aleta izquierda. Aquí se tuerce a la izquierda». En la tienda pusimos dos crucecitas, una a lápiz y otra verde, tan juntas que se tocaban.

Arriba, el plano se llamaba EL PLANO DE GUNI. Debajo escribí el nombre nuevo: EL PLANO DEL BARRIO (DE LOS TRES). El paréntesis fue idea mía. Los paréntesis son lo que mejor se me da.

Y mientras pintaban me contaron la historia del pez cojo. Me la contaron las dos a la vez, una a cada lado del mostrador, y yo iba de una a otra con la cabeza como se mira un partido desde la red. Es larga. No es tan buena como dicen. Pero ahora me la sé.

Es buenísima. Lo que pasa es que la contamos mal: nos pisamos. —J.



Julita llevaba la cinta atada a la muñeca desde el mediodía. Se le habían soltado ya tres hilos. Los conté porque ella también los contaba, en voz baja, cada vez que se le enganchaba uno en el bolsillo del peto.

—Si me la quedo yo, el lunes es un fleco —dijo—. ¿La guardamos en el cuaderno?

La pegamos en la primera página, debajo de COMPARTIDO y de la letra verde que ocupa media hoja, con un trozo de cinta adhesiva en cada punta. Noa sujetó un extremo, Julita el otro, y yo puse los dos trozos, rectos. El nudo quedó arriba, un poco abultado; el brillo cambiaba de sitio cada vez que alguien pasaba

la página de al lado. En una esquina pusimos tres iniciales pequeñas: G, a lápiz; J, en verde; N, en turquesa.

Cerré el cuaderno para probar. Cerraba peor: el nudo hacía bulto y la tapa se quedaba un poco levantada por una esquina, como quien no termina de irse. Apunté «defecto» en el margen y luego lo borré.

La dibujé con sus hilos sueltos. Si se deshace, se deshace: no la voy a dibujar más nueva de lo que es.

Por el cristal, la urraca de la tapia nos miraba desde la farola. Miraba la cinta, no a nosotros. Lo noté porque yo, en su lugar, habría mirado lo mismo.



Mi cuaderno no cierra tan bien como el tuyo. Por eso. —J.



Noa pasó las páginas hacia atrás. Antes pidió permiso, con la mano abierta encima del cuaderno, sin tocarlo, y yo dije que sí con la cabeza. Las pasó despacio, una por una, sin saltarse ninguna: el medidor del martes, la fila verde del miércoles, la última página con su trozo de tapia y su medio candado, la casilla nueva del jueves. Llegó a la esquina de las rayitas.

—¿Y esto?

Tenía la mano a la distancia exacta para taparlo. No la moví.

—Una cuenta que llevaba mal.

—¿Y esto otro? —Leyó en voz alta—: «Una cancela también la sujeta una piedra».

—Lo pensé el martes.

Julita dejó de balancear la pierna contra el taburete. Toño, desde su caja, levantó la vista del reloj, que no estaba cronometrando nada.

—Una piedra no dice «bordillo» —dijo Noa—. Ni quince veces «alto».

Lo dijo como dice ella las cosas, contando. Luego pasó la página hacia delante, otra vez a la cinta, como quien deja un libro donde lo encontró.

No borré las rayitas. A lápiz se puede, pero no quise. Debajo de la frase dibujé una piedra pequeña, con un bocadillo. Lo dejé vacío.

No las borres. Son un poco mías. —J.



El domingo, al amanecer, vigiló Noa, que vive enfrente del centro. A las nueve trajo una nota a la tienda. Venía contando pasos; se le notaba en los labios. Estaba doblada en tres partes iguales; lo comprobé. Decía, en turquesa y con letra pequeña y recta:

- 7:38: el teatrillo, en el taller, plegado.
- 7:44: amanece. No se mueve.
- 7:50: sigue. Pasos que ha dado: cero. —Noa

Vigila mejor que yo, cuenta mejor que yo y no hace pan. Dos de tres. —J.

Mara subió la persiana a medias para dejarnos pasar, y dibujé la estantería: catorce paquetes y seis huecos, seguidos, del 1 al 6, como los dientes que se caen en orden. El cartel no hubo que tocarlo.

—Seis —dijo Mara. Y cerró su libro.

Toño estaba en su caja, con el casco puesto, aunque era domingo. Noa se quedó de pie, al lado de la puerta. Nadie le dijo

que se sentara ni que se fuera. Vino porque quiso, y el lunes tiene ensayo.

Para terminar el cuaderno dibujé la ventana del teatrillo, vacía.

La hice con regla: el marco, el telón corto recogido a un lado, la madera con sus vetas. Dentro, nada. Era la primera ventana de la semana por la que no pasaba nadie por casualidad, y me pareció justo dejarla así un momento, como se deja abierta una puerta cuando se oye a alguien en la escalera.

Me dibujé yo primero, a lápiz, en un lado, que es donde me pongo en las fotos. Dibujarse a uno mismo es lo más difícil que hay: no se puede medir desde fuera. Me salió serio y con el pelo bien puesto, que no es como lo llevo, sino como me gustaría llevarlo. No lo corregí. Dejé sitio de sobra.

Luego dejé el cuaderno abierto en el mostrador, de cara a ellas, con el lápiz atravesado encima. No dije para qué. Mara, detrás, no miró: se puso a alinear los frascos de tinta con una atención que no necesitaban.

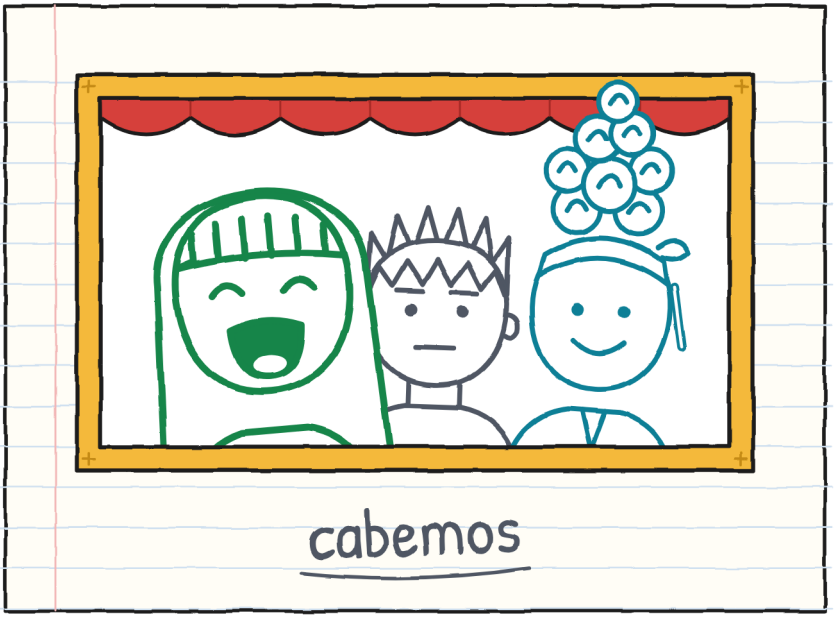
Noa pidió permiso antes de pintar en mi cuaderno. Julita, no.

Julita se dibujó en verde, con la boca abierta y más grande que los otros dos, porque, según dijo, en la vida real también ocupa más. Noa midió con dos dedos el hueco que quedaba, como mide ella las cosas pequeñas, y se dibujó dentro, en turquesa. El moño se le salió del marco por arriba. No lo corrigió. A Noa los marcos le quedan pequeños por arriba, y lo sabe.

Habíamos cabido en la ventana de verdad, el sábado, apretados. En la de papel, que yo había dibujado con sitio de sobra, nos apretamos igual. El sitio de sobra no lo usó nadie.

Debajo, a lápiz, escribí una palabra:

cabemos.



Compartido es compartido. Lo pone en la primera página. —J.

Quedaba la tabla, que cierra todos mis cuadernos. Esta vez la hice tramo a tramo, que es como se ha medido toda la semana.

ENTREGA N.º 6. Tramo a tramo (quién llevaba · quién guiaba · qué hubo que repetir):

- Tienda → fuente del pez cojo: Guni y Noa · Julita · el giro de la fuente (tres veces).
- Fuente → esquina: Julita y Noa · Guni · nada (pero despacio).
- Esquina → patio: Guni y Julita · Noa · la entrada: el mapa era viejo.
- El sábado: los tres · los tres, por turnos · la correa (a la segunda, en el tercer agujero).
- Antes de nosotros: Mara, sola · nadie · nueve viajes.
- R.: ? · ? · no lo sabemos.

Al pie dibujé el medidor de tres, con sus cuatro casillas llenas y los tres nombres cambiados de sitio.

Tres casillas. Bueno, cuatro. Tres nombres. Ninguna vacía. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 7

(muy pronto)



Esta vez la etiqueta pedía una hora a la que yo ya estoy en pijama.

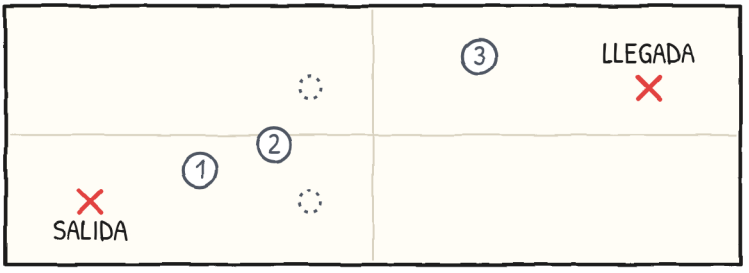
¿Quién está despierto cuando los demás cierran? Aparte de mí. —J.

EL BARRIO (versión 6)



TU TRAYECTO

¿Quién carga? ¿Quién orienta? ¿Quién abre paso? ¿Quién avisa?



EL MEDIDOR DE TRES

	CARGAR	ORIENTAR	ABRIR PASO	AVISAR
tramo 1				
tramo 2				
tramo 3				

Si en una casilla sale siempre el mismo nombre, cambia. —J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. El mismo teatrillo. —J.

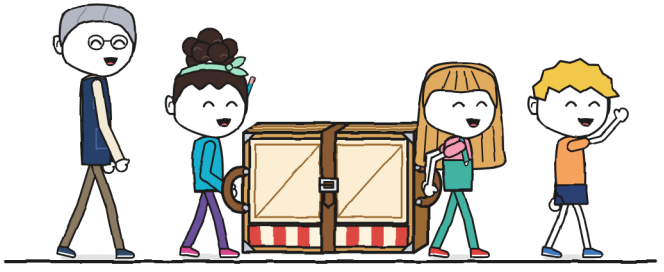
PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)

TRASLADO DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Antes de salir, mira el camino entero.
2. Una persona va libre: abre puertas y avisa.
3. Las manos, en las asas. Lejos de bisagras y cierres.
4. Con una carga no se corre ni se compite.
5. Si alguien dice «alto», paran todos.
6. Primero se deja en el suelo; luego se discute.
7. Lo grande se abre y se pliega entre dos, con un adulto.

El sello SOLO EN EL CUENTO marca lo que puede pasar en un cuento, pero no en un traslado de verdad.



Y si sabes algo del camino, dilo antes. —J.